

PENÍNSULA ODISEAS



Ramon Vilaró
Mabuhay
Bienvenidos a Filipinas

Mabuhay

Ramon Vilaró

Bienvenidos a Filipinas

ediciones península

© Ramon Vilaró Giralt, 2017

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo de 2017

© de las imágenes del pliego: Ramon Vilaró Giralt

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
ROMANYÀ-VALLS - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 6.963 - 2017
ISBN: 978-84-9942-604-4

LA BAHÍA MÁS BELLA DEL MUNDO

La primera vez que contemplé la bahía de Manila fue en julio de 1979. Viajé a Filipinas para cubrir la información generada por el éxodo de refugiados vietnamitas y camboyanos bautizados como *boat people* por llegar en barcos destartados. Me sorprendió la inmensidad de la bahía. Era casi imposible delimitar el perfil de sus costas. Excepto en las fantásticas puestas de sol, uno de los espectáculos favoritos de los manileños desde el malecón de una urbe que en aquel entonces contaba con unos cinco millones de habitantes. Recordé aquella frase del navegante francés La Pérouse, que siglos atrás la había definido como «la bahía más bella del mundo». ¿Sería cierto?

Unos densos nubarrones tamizaban el sol hacia poniente. Volaban en dirección hacia la isla del Corregidor, ubicada en la entrada de la bahía, casi invisible desde la ciudad. Niños y mayores se bañaban entre las rocas que protegían el paseo, sin importarles las aguas turbias. Otros formaban una hilera sentados sobre el muro de contención mirando el mar. La gente paseaba en la avenida Roxas, entre las palmeras y un enjambre de vendedores ambulantes. Al cruzarse con el visitante, la sonrisa era frecuente. Era la mejor expresión de hospitalidad y bienvenida, *mabuhay*, que confirmaría en futuras y largas estancias en Filipinas.

El tráfico, como ya era habitual en Manila, era caótico. Tan complejo como conseguir los correspondientes permisos (eran tiempos de dictadura bajo la presidencia de Ferdinand Marcos) para poder navegar hasta la cercanía de alguno de los barcos de refugiados procedentes de la antigua Indochina francesa.

A primera hora de la mañana subí a una barcaza de la marina filipina, junto con otros periodistas y personal de la Cruz Roja. Navegamos en aguas tranquilas y plateadas rumbo al centro de la bahía de Manila. Poco a poco fue divisándose el navío que llevaba siete meses fondeado en la bahía. A medida que nos íbamos acercando, comenzaron los saludos de los niños bajo improvisados toldos que los protegían del sol y un sinfín de cuerdas donde había todo tipo de ropa y harapos tendidos. El viejo buque, con el nombre de *Tung An*, contaba con unos quinientos refugiados de origen vietnamita que habían navegado más de dos mil millas. Eran solo un ejemplo de la diáspora de cuatrocientos mil refugiados que deambulaban en busca de asilo por las costas del mar de China o en la frontera entre Camboya (bajo el régimen despótico de los jemeres rojos) y Tailandia.

—Filipinas presta ayuda, pero no podemos con todos —precisó el responsable de nuestra barca. Recordó, una vez más, que el permiso solo autorizaba a hacer fotos, pero no entrevistas. Tampoco habría sido posible porque no estaba permitido subir a bordo. Solo accedía el personal humanitario de la Cruz Roja, que dos veces al día llevaba alimentos y medicinas a un barco fantasma controlado por una veintena de soldados filipinos. Filipinas ya acogía a varios miles de refugiados en la isla de Lubang, adonde habían llegado en precarias embarcaciones de todo tipo.

«Cuéntame la historia de un refugiado y me habrás contado la historia de todas las posguerras», se decía en una publicación de Amnistía Internacional, parafraseando a los clásicos griegos y sus tragedias originadas por las guerras. Una frase aún vigente en aquel entonces, con la posguerra del Vietnam y el genocidio

camboyano del sanguinario Pol Pot. Y sin vistas de amainar en muchos lugares del mundo, incluido de nuevo el Sudeste asiático, donde, cuatro décadas después, en la primavera de 2015, los musulmanes de la minoría rohinyás de Birmania navegaban a la deriva escapando de las incesantes y sangrientas persecuciones provocadas por los budistas.

Con la barcaza amarrada a babor del *Tung An*, un vietnamita me preguntó en inglés de dónde era cuando apunté el teleobjetivo de mi cámara hacia su rostro. «Queremos ir a España», respondió cuando le dije mi origen.

—Aquí ya estuvieron los españoles —me recordó el marino filipino mientras gesticulaba para indicarme que no me cayera al mar en mi afán de conseguir las imágenes más impactantes.

De vuelta hacia el muelle de la marina filipina, mientras tomaba notas para la crónica, imaginé cómo debía ser aquella bahía cuando el célebre galeón de Manila surcaba sus aguas una vez al año, la nao que durante casi tres siglos cruzó el océano Pacífico como un cordón umbilical entre el virreinato de Nueva España (México) y la capitanía general de Filipinas.

La huella hispana en el archipiélago filipino databa del año 1521, cuando el portugués Fernando de Magallanes —que cruzó el Pacífico hacia las Indias Orientales en busca de las Molucas, ricas en especias—, al servicio del rey de España, arribó a la isla de Leyte, a la que bautizó como San Lázaro antes de morir luchando contra el caudillo autóctono Lapu-Lapu en la isla de Mactán. Tras el percance, fue Juan Sebastián Elcano quien cogió el mando de la expedición marina. Llegó a Sevilla el 8 de septiembre de 1522, tras dar la primera vuelta al mundo y así demostrar la esfericidad de la Tierra y marcar la traza de aquel imperio «donde nunca se ponía el sol».

Casi medio siglo después, fue el navegante Ruy López de Villalobos quien regresó al archipiélago. Lo bautizó con el nombre

de Filipinas en honor del futuro rey Felipe II. Bajo su reinado, el virrey de Nueva España recibió la orden de preparar la ocupación de las islas Filipinas. El día de Navidad de 1564 zarpó de Acapulco una flota de cinco galeones con unas cuatrocientas personas, entre marinos, soldados y frailes, con destino a Filipinas. Al mando iba el vasco Miguel López de Legazpi, el hombre que en 1571 navegó hasta la bahía donde fundó el primer asentamiento colonial, al que dio el nombre de sus pobladores: Maynila.

La ruta de América a Filipinas la trazó Magallanes. Pero el problema era el viaje de regreso. El cosmógrafo navarro y fraile agustino Andrés de Urdaneta (quien protagonizó el descubrimiento de los vientos y la corriente de Kuroshio) navegó desde Filipinas hacia el norte e inició el tornaviaje desde Japón hasta el cabo Mendocino en la costa oeste americana, para luego bajar hacia el sur californiano hasta Acapulco. Era solo una etapa para unir España y Filipinas. Personas y mercancías debían cruzar México, desde la costa del Pacífico hasta la del Atlántico, para embarcar de nuevo en Veracruz y desde allí, vía Cuba, llegar hasta Sevilla. La aventura de ir de España a Filipinas podía suponer un año y medio, desafiando tifones, piratas y escorbuto.

Los galeones de Manila, conocidos también como galeones de Acapulco o naos de China, dependían directamente del virreinato de Nueva España. Los primeros se construyeron en México, pero luego se fabricaron en Filipinas para aprovechar la excelente resistencia de las maderas tropicales. Su peso osciló entre las quinientas toneladas iniciales y las dos mil de los últimos navíos. Además de marinos, transportaban militares y religiosos, junto con la plata mexicana, base para el pago de especias, marfil y seda que centralizaban en Manila un próspero comercio dominado en parte por los *kastilas*, como se llamaba a los españoles en Filipinas, pero sobre todo por comerciantes de la colonia sangley, los chinofilipinos que controlaban el comercio en Manila. Habían convertido la ciudad en el mayor merca-

do del área asiática, al que llegaban sedas y porcelanas de China, marfiles de la India o especias de Timor. Todo se compraba y vendía con pesos de plata acuñados en los virreinos de Nueva España y Perú. Pero la distancia, entre otros factores, explica por qué España nunca llegó a influir en Filipinas como lo hizo en América Latina.

Filipinas fue un apéndice del virreinato de Nueva España hasta la independencia de México a principios del siglo XIX. Solo después conformó una colonia dependiente directamente de la metrópoli. La apertura del canal de Suez en 1869 favoreció las comunicaciones marítimas, dejando el trayecto en unos cuarenta días de navegación desde Barcelona hasta Manila, los dos principales puertos de contacto.

Quedaban para la historia las aventuras del centenar de trayectos del galeón de Manila, una o, como máximo, dos veces al año, cuyas mercancías asiáticas no llegaban a España hasta al cabo de un año y medio o dos. Entre ellas se incluían los populares mantones de Manila, bordados en China y exportados a Manila por los astutos comerciantes chinos, camino de Nueva España para seguir hasta la metrópoli peninsular, donde eran muy apreciados por las damas de la alta sociedad.

—Allí está Cavite —dijo el marinero anfitrión señalando a babor una parte de la lejana costa.

Cavite, una localidad portuaria situada al sur de la bahía de Manila, antaño acogió el arsenal, los astilleros y el puerto donde fondeaba el galeón de Manila y fue base de la Real Marina española. Fue también escenario de la batalla de Cavite, en que la Marina estadounidense al mando del comodoro Dewey hundió la flota española del contralmirante Patricio Montojo al amanecer del 1 de mayo de 1898, poniendo fin a 333 años de colonización española de las islas Filipinas.

Días después de la visita al barco de refugiados vietnamitas, volví a navegar por la bahía de Manila con destino a la isla del Corregidor, un peñasco en el medio de la bahía. También denominado La Roca por los españoles, cumplía la función de presidio en tiempos coloniales. Sin embargo, el interés turístico de Corregidor se centraba ahora en haber sido refugio del general estadounidense Douglas MacArthur durante su repliegue ante la invasión del ejército imperial de Japón en 1941, en la Segunda Guerra Mundial, antes de escapar hacia Australia —donde pronunció su célebre frase «*I shall return*», «Volveré»—, desde donde reorganizó la campaña del Pacífico contra las tropas niponas.

Pensé que la ciudad de Manila y su bahía, a la espera de descubrir otros lugares de aquel atractivo archipiélago de 7.107 islas, unas dos mil habitadas, obligaba a cumplir idéntica promesa a la lanzada por MacArthur.

MAYNILA, INSIGNE Y LEAL CIUDAD

Cinco años después de su presencia en Cebú, el adelantado Miguel López de Legazpi decidió enviar una primera expedición hacia el norte bajo el mando de su nieto Juan de Salcedo, un novohispano nacido en la ciudad de México. Su llegada a la bahía de Manila en 1570, junto con Martín de Goiti, no fue amistosa. Tuvieron que luchar contra los piratas chinos (que ya comerciaban en la zona) y contra el sultán de Tondó, el rajá Suleimán, antes de fundar su asentamiento de Maynila, topónimo que significa «lugar donde hay *nilad*», el manglar autóctono. Un año y medio después, en agosto de 1572, López de Legazpi decidió trasladarse de Cebú a Manila, a la que denominó «Insigne y Siempre Leal Ciudad» y convirtió en capital de las islas Filipinas.

Contemplar la desembocadura del río Pásig desde la atalaya de Fuerte Santiago, en Intramuros, permite al visitante situarse en el paisaje que debieron encontrar los exploradores españoles. Es habitual, tras temporales y tifones, ver bajar por el Pásig ramas de manglares, con sus verdes hojas y flores blancas. Al otro lado del río, el enclave continúa con el nombre de Tondó —uno de los sitios más degradados de Manila, con su vertedero de «basura», palabra española integrada al idioma tagalo— junto al barrio de Binondo, donde sigue predominando la comunidad filipina de origen chino: los sangleyes. Tal es la vista desde la orilla donde

los colonizadores edificaron Intramuros, la ciudad amurallada con acceso al puerto en la protegida bahía de Manila.

La primera construcción española fue la Fuerza de Santiago, actualmente Fuerte Santiago, donde se implantaron las defensas contra eventuales ataques de portugueses y holandeses, y también de piratas chinos. Todos ellos estaban interesados en dominar una bahía de óptimas condiciones para el abrigo durante los temporales. Gracias a las defensas artilleras de Fuerte Santiago, los españoles pudieron repeler dos intentos de asalto liderados por el pirata chino Limahong, atraído por la plata que llegaba desde América con el galeón. Atribuyeron también su victoria al milagro de san Andrés, y lo veneraron como segundo patrón de Manila. En realidad, cuentan los cronistas de la época que un tifón destruyó parcialmente la flota china antes de acceder a la bahía de Manila.

Tras varios asaltos y destrucciones de pirateo chino, nació de las ruinas el proyecto del trazado de Intramuros, que apenas ha cambiado casi cinco siglos después. Fue diseñado por el jesuita y arquitecto Antonio Sedeño, con una extensión de unas 67 hectáreas totalmente amuralladas. Los artesanos chinos empleados por los españoles comenzaron a alzar muros, casas con piedra tallada, y ampliaron el puerto anexo. Se fue alzando una ciudad al más puro estilo colonial español, con su plaza principal, el cabildo o ayuntamiento, el palacio del gobernador —aún hoy así denominado—, la catedral, cuarteles y casas repartidas en las clásicas cuadrículas urbanas, como un tablero de ajedrez. San Antonio, San Carlos, San Luis y San Gabriel fueron los cuatro barrios de Intramuros. Esta zona se reservaba en aquel tiempo solo a los españoles —militares, funcionarios, comerciantes y frailes— y sus sirvientes, aunque poco a poco fue abriéndose a los mestizos.

A mediados del siglo XVII, Manila ya había adquirido un papel muy relevante, tras haber superado dos años de asedio y

ocupación británica y haber sido recuperada por España por los tratados de París de 1764. El lugar era descrito por los visitantes como «la ciudad más bonita de Asia». La ciudad de Manila, desde su corazón de Intramuros, iba extendiendo su periferia con nuevos arrabales frente a la bahía, como Ermita y Malate, otros hacia el norte, como Paco, San Miguel —que daría nombre a la cerveza, creada por los agustinos y un maestro cervecero alemán— o Santo Tomás, donde los dominicos fundaron la primera universidad de Asia en 1611.

A medida que la presencia española se fue consolidando, Manila se convirtió en el centro neurálgico que irradiaba el poder hacia el resto del archipiélago. Sin embargo, quienes ejercieron el control en provincias fueron los sacerdotes, que se convirtieron en los verdaderos colonizadores con su propagación del catolicismo. Desde las iglesias, con su toque de campana, controlaban los barrios (barangayes), tras aprender las múltiples lenguas locales para ganar una rápida influencia. Es por ello que, a diferencia de Latinoamérica, Filipinas es la única excolonia española donde no se habla castellano, y en consecuencia fue considerada negativamente por algunos como «la única hija ingrata de España», a pesar de que muchos nombres y apellidos fuesen españolizados. Esto fue obra del gobernador y capitán general, nacido en Girona, Narciso Clavería y Zaldúa, quien en 1844 decidió realizar el primer censo y dio un listado de nombres y apellidos españoles para que los filipinos escogieran a su gusto. Aún hoy abundan los apellidos con connotaciones religiosas, como Del Rosario, Santos, Bautista, Buenaventura o Trinidad. El censo fue clave, entre otras cosas, para organizar la recaudación de impuestos. Por el éxito de sus expediciones al sur para sofocar a rebeldes de religión islámica, Clavería recibió el título de conde de Manila.